

J.R. MOEHRINGER  
El campeón ha vuelto

Traducción de Juanjo Estrella



**Duomo ediciones**

Barcelona, 2016

Título original: *Resurrecting The Champ*

© 1997, Los Angeles Times. Used with permission.

© 2016, del prólogo: J.R. Moehringer

© 2016, de la traducción: Juanjo Estrella González

Todos los derechos reservados

Primera edición: mayo de 2016

Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.

Av. del Príncep d'Astúries, 20. 3.º B. Barcelona, 08012 (España)

[www.duomoesiciones.com](http://www.duomoesiciones.com)

Gruppo Editoriale Mauri Spagnol S.p.A.

[www.maurispagnol.it](http://www.maurispagnol.it)

ISBN: 978-84-16634-00-2

Código IBIC: FA

DL B 30142-2015

Diseño de interiores:

Agustí Estruga

Composición:

Grafime. Mallorca, 1. Barcelona 08014 (España)

[www.grafime.com](http://www.grafime.com)

Impresión:

Grafica Veneta S.p.A. di Trebaseleghe (PD)

Impreso en Italia

*Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telemático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.*

*El campeón ha vuelto*

Estoy en una habitación de hotel en Columbus, Ohio, sentado, esperando la llamada de un hombre que no confía en mí, con la esperanza de que tenga respuestas sobre un hombre en quien no confío y que podría facilitarme el nombre de otro hombre que a nadie le importa lo más mínimo. Para dejar de pensar en mi incómoda vigilia –y en el teléfono que no suena, y en la lluvia helada que no deja de golpear la ventana– enciendo un puro y abro un periódico publicado hace cuarenta años. «El mejor noqueador de todos los tiempos», titula el periódico, alabando a Bob Satterfield, un púgil feroz de las décadas de 1940 y 1950. «El hombre que fue la gran esperanza... y el hombre que aplastó la esperanza como si fuera una galleta atrapada en un puño.» Una vez más me recuerdan la mala suerte de Satterfield, que lo persiguió toda su vida como lo persigo yo ahora. He buscado a

Satterfield por todas partes. He buscado en los malolientes albergues para personas sin hogar de Santa Ana; he buscado en los viejos y venerables gimnasios de Chicago; he buscado en la memoria sobrenatural, de tan precisa, de un boxeador de Nueva York que alcanzó de un puñetazo la barbilla con hoyuelo de Satterfield en 1946 y que nunca olvidó su cara de pánico mientras caía. He buscado en cementerios, en depósitos de cadáveres, en iglesias, en museos, en barrios de chabolas, en cárceles, en tribunales, en bibliotecas, en fichas policiales, en cuadernos de notas, en listines telefónicos y en libros de registro. Ahora lo busco en esta ciudad del Medio Oeste deprimente, acostumbrada al aguanieve, donde todas las calles parecen cuadros de Edward Hopper derritiéndose y el cielo es como un mar batido por la tormenta. Tal vez sea el cansancio, tal vez la cafeína, tal vez la niebla que avanza como un rodillo tras la lluvia, pero me siento como si Satterfield se hubiera convertido en mi Moby Dick particular de ochenta kilos de peso. Igual que el animal marino que obsesiona a Ahab, también él proyecta una luz áspera sobre su perseguidor. Yendo tras él de ciudad en ciudad, de década en década, he aprendido casi todo lo que

hay que saber de él, además de valiosas lecciones sobre el boxeo, el valor y la eterna tensión entre padres e hijos. Pero aún he aprendido más de lo que esperaba sobre mí mismo. Por ello le estoy en deuda. Y no podré saldar esa deuda a menos que suene el teléfono.

Nos conocimos porque a una compañera mía le dio por ponerse a hacer limpieza. Era a principios de enero de 1996. La periodista de crónica policial que se sentaba a mi lado, en la edición del condado de Orange de *The Times*, estaba ordenando su escritorio cuando se encontró con una pista ya vieja, un dato sobre un boxeador que había sido famoso y que dormía en los bancos de los parques de Santa Ana. Me lo pasó, y respondió a mi expresión de agradecimiento con una advertencia instantánea: «Podría estar muerto».

La persona que le había proporcionado la información se acordaba perfectamente del boxeador cuando la llamé. «Ah, sí, Bob Satterfield –dijo–. Peleaba en los cincuenta. Yo lo veía a veces cuando miraba combates por la tele.» Pero cuarenta años después Satterfield ya no peleaba; bueno, sólo con algún que otro policía. La última vez que lo habían visto vagaba por las calles, bebía whisky a chorros

y se llamaba a sí mismo «Campeón». «Un tipo que ha vivido más de la cuenta», dijo el de la pista, que en todo caso temía que su apreciación compasiva ya no estuviera vigente. Suponía que era mucho más probable que Satterfield estuviera muerto.

Si estaba vivo, encontrarlo iba a exigir un recorrido a conciencia por las instalaciones más sórdidas de Santa Ana. Empecé por uno de los albergues masculinos más grandes de la ciudad. Varios candidatos prometedores entraban y salían de él, pero ninguno de ellos se correspondía con mi imagen esquemática de un negro entrado en años, con cuerpo robusto de boxeador. Desde allí me fui en coche hasta la calle Uno, un bulevar ancho lleno de puestos de tacos mexicanos y paradas de autobús que sirve de paseo a hombres sin techo. Una vez más, nada. A continuación recorrí los callejones y las calles laterales de McFadden Avenue, donde junto a los bordillos de las aceras todavía brillaba el espumillón de los árboles de Navidad abandonados. Aparqué en una esquina más animada que las otras y empecé a andar, parando a los transeúntes y preguntándoles dónde podría encontrar a un boxeador de los años cincuenta, el que se llamaba a sí mismo Campeón, el que repartía a los policías

toda la leña que podía. Nadie sabía nada, a nadie le importaba nada, y ya estaba a punto de largarme de allí cuando oí que alguien gritaba: «¡Eh, Campeón!».

Al volverme vi a un negro entrado en años que empujaba un carro de supermercado lleno de chatarra por el medio de la calle. Ropa raída, mirada perdida, cara sucia; se parecía a cualquier otro sin techo de América. Entonces me fijé en sus manos, las manos más grandes que había visto en mi vida, tan pesadas las dos, tan aparatosas, que las mantenía a los costados como si fueran bolas de bolera. Unas manos como aquéllas no sólo eran atípicas: eran fenómenos de la naturaleza. Sin embargo, al mirar mejor vi que complementaban la redondez carnosa de los hombros y el grosor pétreo del pecho, atributos excepcionales en un hombre que no siempre tomaría las tres comidas diarias. Para mantener aquella corpulencia a base de sobras y de lo que le daba la gente, debía de haber sido de joven un hombre inmenso.

Más que su físico, lo que lo distinguía era un casi imperceptible atisbo de estilo. A pesar de la ropa, a pesar de la mugre acumulada, había una vaga sensación de que conservaba cierto vestigio

de orgullo en su apariencia. Bajo aquel anorak de esquí sucio asomaba un chaleco casi académico. Y por encima de su corona de pelo entrecano, un sombrero marrón, distinguido, con una pluma de paloma vistosamente pegada en el ala.

Tenía la piel del color de un cigarro habano, y muy lisa para ser ex boxeador, salvo por una gran cicatriz entre las cejas que recordaba un carácter del alfabeto chino. Por debajo de una barba de dos días, sus rasgos eran agradables: ojos oscuros, pómulos prominentes a ambos lados de una nariz poderosa, bien formada. Y todo combinaba bien con su barbilla firme, angulosa. Debía de haberle robado el corazón a más de una. Pero hacía tiempo que se había quedado sin dientes, salvo algunos, tercos, que aún asomaban como pinchos a lo largo de la mandíbula.

Sonreí y me acerqué a él.

–Hola, Campeón –le dije.

–Hoola, Campeón –me dijo él, alzando la vista y sonriéndome como si fuéramos viejos amigos. No me habría extrañado que me abrazara.

–Eres Bob Satterfield, ¿verdad? –le dije.

–El peleón Bob Satterfield –me dijo él, encantado de que lo reconocieran–. Yo soy el Campeón,

boxeé con todos, Ezzard Charles, Floyd Patterson...

Le conté que era periodista de *Los Angeles Times*, que quería escribir un reportaje sobre su vida.

–¿Cuántos años tienes? –le pregunté.

–Para mí que tengo sesenta y seis –me contestó–, pero en el *Libro del Boxeo* dicen que tengo sesenta y dos.

–¿Y aspiraste alguna vez al título?

–Es que no me dieron la ocasión de optar al título –dijo, atormentado–. Si me la hubieran dado, creo que sería campeón.

–¿Y por qué no te la dieron?

–Tenías que ser de un círculo concreto –respondió– para que te dieran el combate adecuado en el momento oportuno.

Hablaba con voz débil y ronca, poco más que el suspiro de un niño, y sus palabras estaban llenas de las vocales borrosas y las consonantes blandas de alguien a quien el alcohol y los puñetazos habían dejado inconsciente bastantes veces. Tartamudeaba ligeramente, alargaba las emes, arrastraba las eles, y se tropezaba con las frases más largas. En cambio, sus ojos y sus recuerdos eran claros.